

La importancia de la perspectiva humanista en el concepto de desarrollo

The importance of the humanism perspective in the development concept

José Alonzo Sahui Maldonado

Universidad Autónoma de Campeche. Campeche, México.

josesahui@hotmail.com

Resumen

El presente trabajo se divide en tres partes. En la primera se elabora una crítica a la perspectiva economicista del desarrollo, donde se señala que esta se ha convertido en la tendencia dominante que siguen la mayoría de los países en la elaboración de sus políticas públicas. Y se antepone a esta orientación una perspectiva humanista que considera al ser humano como el eje central del concepto de desarrollo. En la segunda parte se presentan las características de un modelo humanista que, partiendo del enfoque de las necesidades humanas, analiza el concepto de desarrollo. El modelo considerado es el de desarrollo a escala humana, cuyo principal teórico es el economista chileno Manfred Max-Neef. Finalmente, en la tercera parte, se comenta brevemente las dificultades que enfrentaría la adopción de este modelo alternativo de desarrollo ante el escenario neoliberal que vive el mundo en la actualidad.

Palabras clave: economía, humanismo, modelos de desarrollo.

Abstract

The present work is divided into three parts. In the first one, a critique of the economic perspective of development is elaborated, pointing out that this has become the dominant tendency that most countries follow in the elaboration of their public policies. This orientation is preceded by a humanist perspective that considers the human being as the central axis of the concept of development. In the second part the characteristics of a humanist model that, based on the approach of human needs, analyzes the concept of development are presented. The model considered is "Development on a Human Scale"

whose main theorist is the Chilean economist Manfred Max-Neef. Finally, in the third part, we briefly discuss the difficulties that the adoption of this alternative model of development would face in the neoliberal scenario that the world is currently experiencing.

Keywords: economy, humanism, development models.

Fecha Recepción: Febrero 2018

Fecha Aceptación: Julio 2018

Introducción

Algunos conceptos en el ámbito de las ciencias sociales son difíciles de precisar. Muchas veces la aparente sencillez de los mismos, así como el hecho de usarlos con tanta familiaridad, conduce a definirlos de formas tan diversas que se termina por erigir en torno suyo una especie de torre de Babel que dificulta el alcance de un acuerdo generalizado respecto a su verdadero significado.

Uno de los términos que desafortunadamente cae en la situación anterior es el concepto de desarrollo. Mientras que en términos biológicos se define como el proceso de crecimiento de un organismo hasta alcanzar su madurez, en el ámbito de las ciencias sociales se usa generalmente para designar el proceso de cambio por medio del cual las sociedades de los países no industrializados van adquiriendo las características de las sociedades industrializadas. Por lo tanto, estas últimas constituyen el parámetro a través del cual se mide el nivel de desarrollo alcanzado por otras sociedades —sin importar el tipo de nivel que fuere.

Es importante destacar que frente a esta visión tan simplista del término *desarrollo* han surgido algunas voces disidentes. Por ejemplo, el premio Nobel de Economía 1998, Amartya Sen, ha definido el desarrollo como “un proceso de ampliación de las libertades reales al alcance de las personas” (2000, p. 19). Por su parte, Griffin (2001), partiendo de esta aportación de Sen, añade que una sociedad desarrollada es la que se da en un contexto que ofrece a las personas la posibilidad de vivir bajo la forma que desean y que promueve su rol como agentes, tanto de su propia vida como de su entorno político, social y económico.

No obstante lo anterior, parece ser que existe cierto consenso en lo que respecta a los criterios que siguen la mayoría de los países para considerar su nivel de desarrollo. En este

sentido, algunos de los indicadores más utilizados para medir el grado de desarrollo alcanzado por las sociedades son los siguientes, de acuerdo a Incháustegui (2000):

- Bajos índices de mortalidad.
- Reducción de los patrones de fecundidad.
- Cambio en la estructura y tamaño de la familia.
- Elevación de los niveles de escolaridad.
- Mejora de las condiciones de habitación.
- Incremento del consumo calórico por habitante.
- Elevación de la esperanza de vida.
- Crecimiento de los servicios urbanos.
- Distribución del ingreso más equilibrada.
- Mayor movilidad social y de la población en el territorio.
- Incremento del consumo cultural.

Sin embargo, el problema de la lista anterior es que la mayoría de estos indicadores —que, por cierto, miden más bien aspectos de desarrollo social— terminan por subordinarse muchas veces al indicador de desarrollo económico por antonomasia: el producto interno bruto (PIB) per cápita. Y lamentablemente la búsqueda irrestricta de este indicador no necesariamente se constituye en la solución más adecuada para los países en desarrollo. En esa línea de pensamiento es muy ilustrativa la declaración de Samuelson y Nordhaus (2006) cuando señalan lo siguiente:

¿Qué quiere decir “país en desarrollo”? La característica más importante de un país en desarrollo es que tiene bajo ingreso per cápita. Además, la población de los países en desarrollo suele tener mala salud, bajos niveles de educación, extensa desnutrición y poco capital para trabajar (p. 555).

De igual forma, muchas veces sucede que la implementación de las políticas públicas orientadas a la consecución de este indicador crea efectos más dañinos que los beneficios que buscaba generar. Un ejemplo de lo anterior lo constituyen algunas de las políticas económicas dictadas por el llamado *consenso de Washington*. Este paquete de reformas incluyó una serie de condicionamientos a organismos como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial al momento de prestar ayuda a países en vías de desarrollo.

Por consiguiente, para efectos de realizar una aproximación teórica al concepto de desarrollo, es preciso señalar previamente desde qué perspectiva se pretende abordar, ya que, como se mencionó con anterioridad, si buscamos definir el concepto de desarrollo de manera general se terminará por generar ambigüedad. Para tal efecto, podemos resumir que, con respecto al concepto de desarrollo, existen claramente dos perspectivas distintas: la economicista y la humanista.

Desde la perspectiva economicista, la tendencia generalizada es que los gobiernos de los países antepongan, muchas veces sin darse cuenta, la búsqueda de la riqueza económica al bienestar de la población. Esta tendencia implica el razonamiento de que, mejorando los indicadores —comúnmente de carácter macroeconómico—, la población paulatinamente irá obteniendo, mediante un efecto de cascada, los beneficios sociales y de calidad de vida que la riqueza generada supuestamente trae consigo. Uno de los autores que impulsó este tipo de argumentos fue Albert O. Hirschman. De acuerdo a Salguero (2006):

Este autor [Hirschman] parte del supuesto que el desarrollo económico se inicia generalmente en una o pocas regiones de un país, y que una vez este se ha presentado, se generan fuerzas poderosas que formarán aglomeraciones crecientes en aquellos lugares donde se iniciaron. Además sostiene que el desarrollo económico concentrado en las aglomeraciones genera fuerzas que inducirán en períodos mayores o menores el desarrollo de las regiones rezagadas. Estas fuerzas de transmisión del desarrollo operarán particularmente a través del comercio interregional y las de transferencia de capital e innovación hacia las regiones menos desarrolladas (p. 5).

No obstante, la realidad dista mucho de ser tan simple. Aunque esta perspectiva quizás sí haya beneficiado a las naciones desarrolladas, no es posible decir lo mismo de aquellas que están en vías de desarrollo. Y aquí el caso de México es bastante ilustrativo, como adecuadamente señalan Bolvitnik y Hernández (1999) en sus estudios basados en el método de medición integrada de la pobreza. La justificación neoliberal del *laissez faire*, de dejar que las políticas económicas actúen y corrijan por sí solas las “fallas” del mercado, termina por descuidar muchas veces las condiciones socioculturales previas, así como la no congruencia entre los planos macro y micro de la mayoría de las decisiones económicas.

Por ejemplo, en muchas ocasiones las transferencias de capital, vía inversión o “ayuda” internacional, provocan más problemas en los países en desarrollo debido a que dejan en evidencia las frágiles estructuras con las que cuentan: corrupción en los sistemas de tenencia de la tierra y de los derechos de propiedad, instituciones educativas obsoletas, condiciones laborales inadecuadas, estructuras sociales oligárquicas, etc.

Desafortunadamente, son precisamente estos factores socioculturales los que siempre pasa por alto la perspectiva economicista. Esto a pesar de que cada vez es más notorio el hecho de que la evolución histórica del libre mercado ha terminado por favorecer a las naciones más ricas. Ante este panorama la teoría de las etapas de desarrollo de Rostow (citado por Salguero Cubides, 2006) se constituye en una de las más socorridos para justificar el hecho de que todos los países tienen que transitar necesariamente por cada una de las siguientes fases:

- Primera etapa: Autosuficiencia, donde la totalidad de la producción está destinada al consumo de los productos más que para el comercio. Este comercio a pequeña escala se desarrolla gracias a sistemas de intercambio de mercancías y bienes a manera de trueques en una sociedad donde la agricultura es lo más importante.
- Segunda etapa: Especialización creciente en los sectores primarios, unido a un creciente comercio externo basado en la exportación de productos de las industrias primarias.
- Tercera etapa: El despegue económico aumenta la industrialización con un número cada vez mayor de trabajadores que se desplazan de la agricultura a la industria. Las transacciones económicas están acompañadas por la evolución de nuevas instituciones políticas y sociales que respaldan la industrialización.
- Cuarta etapa: Camino de la madurez. La economía se diversifica en nuevas áreas, gracias a que la innovación tecnológica proporciona un abanico diverso de oportunidades de inversión.
- Quinta etapa: Consumo a gran escala. La economía avanza hacia el consumo masivo, lo que hace que aparezcan industrias duraderas de bienes de servicios y se convierten en el área dominante de la economía.

Y a pesar de que la teoría de Rostow ha sido criticada duramente por establecer una suerte de determinismo económico al señalar que todos los países deben recorrer cada una de los momentos antes mencionados, es innegable que en muchas ocasiones las naciones que

se hallan en etapas superiores obstaculizan el desarrollo de los países en etapas inferiores, aprovechando muchas veces sus ventajas competitivas.

Derivado de lo anterior, y por las razones antes expuestas, el presente trabajo pretende plantear la necesidad de reorientar el concepto de desarrollo hacia una perspectiva humanista, es decir, redirigirlo hacia una vertiente que anteponga el bienestar del individuo a las “necesidades del mercado”, pues hoy más que nunca los llamados *países subdesarrollados* o *en vías de desarrollo* necesitan un modelo de desarrollo que no parezca una receta creada por los países ricos para obligar a los países pobres a trabajar en su provecho.

Desarrollo

Una de las principales críticas que ha recibido la ciencia económica desde hace ya varias décadas es aquella que señala que en su afán de convertirse en una ciencia “exacta” ha terminado por confinar al individuo en un segundo plano dentro de su análisis como objeto de estudio.

La economía es una ciencia curiosa, de ser ciencia. El investigador que profundiza a través de las generalizaciones de los libros de texto en las ciencias físicas se encuentra con una serie de hechos comprobados en virtud de experimentos cuidadosamente controlados y conocidos con toda la exactitud de que es capaz el ingenio humano. El investigador que hace lo mismo en el campo de la economía y penetra a través de la cortina de humo de las curvas y símbolos matemáticos no se encuentra con hechos sino con una serie de supuestos psicológicos elementales, comprobados todo lo más por el mero sentido común. Y, como ocurre con la mayor parte de las suposiciones de este tipo, verá que casi todas están equivocadas (Chase, 1966, p. 270).

Afortunadamente no todos los economistas han seguido los dictados de este paradigma. Los pobres resultados del modelo económico neoliberal, así como de la globalización en su vertiente económica, han generado reflexiones muy interesantes acerca del verdadero papel que debe jugar la economía como una ciencia social. En este sentido, el economista Amartya Sen (1997) ha señalado que el desarrollo debe evaluarse menos con indicadores de riqueza material —PIB per cápita, por ejemplo— y más por los servicios y las oportunidades que tienen las personas. Para este autor (Hill, 2007):

El desarrollo requiere que se eliminen los mayores obstáculos de la libertad: la pobreza tanto como la tiranía, las pocas oportunidades económicas tanto como la privación social sistemática, el descuido de los servicios públicos tanto como la intolerancia de Estados represivos. En opinión de Sen, el desarrollo no es un puro avance económico, sino también político, y la prosperidad requiere que se “democraticen” las comunidades políticas para dar voz a los ciudadanos en las decisiones importantes para la comunidad (p. 61).

Desde esta perspectiva, en esta segunda parte del trabajo, se abordará un modelo de desarrollo de corte humanista, conocido como *modelo de desarrollo a escala humana* (MDEH), que se fundamenta principalmente en los trabajos realizados por Manfred A. Max-Neef, Antonio Elizalde y Martín Hopenhayn (1986, 1998), quienes proponen una comprensión de la estructura y dinámica del concepto de desarrollo a partir de la atención de las necesidades humanas, incluyendo aspectos tanto económicos como sociales.

Por consiguiente, nuestro análisis debe comenzar cuestionando el concepto de necesidad, el cual, paradójicamente —según señala Max-Neef—, no aparece en los libros de economía, y que resulta indispensable para poder establecer el marco teórico de esta propuesta alternativa de desarrollo. Así, pues, la lógica de este modelo descansa en el siguiente postulado: “El desarrollo se refiere a las personas y no a los objetos” (p. 16). De aquí se desprende la siguiente argumentación (Max-Neef, Elizalde y Hopenhayn, 1986):

1. Si el PIB es, caricaturizándolo un poco, un indicador del crecimiento cuantitativo de los objetos, necesitamos ahora un indicador del crecimiento cualitativo de las personas, ¿cuál podría ser?

2. La respuesta, según el MDEH, sería “el mejor proceso de desarrollo será aquél que permita elevar más la calidad de vida de las personas”. La pregunta que se desprende de inmediato es ¿qué determina la calidad de vida de las personas?

3. Respuesta: La calidad de vida dependerá de las posibilidades que tengan las personas de satisfacer adecuadamente sus necesidades humanas fundamentales. Surge, entonces, una tercera pregunta: ¿Cuáles son esas necesidades fundamentales?

El problema, por lo tanto, estriba primero en saber qué son las necesidades para, posteriormente, establecer alguna categorización con respecto a ellas. No obstante, aquí tampoco existe un criterio único:

La civilización tiende a multiplicar las necesidades, no a reducirlas, sobre todo cuando las transforma en deseos. Deseos que, a la vez, trazan fronteras caprichosas entre el placer y el gozo, entre lo posible y lo imaginado. Sabemos bien que la necesidad es de origen fisiológico, y el deseo, de origen psicológico. Quienes han refutado la tesis de que son los deseos los que se convierten en necesidad han expresado que los animales desean lo que necesitan y el hombre necesita lo que desea. Nietzsche lo resumió en una sentencia: Interpretamos el mundo a través de nuestros deseos (Ferrer Rodríguez, 1997, p. 201).

El señalamiento anterior es importante debido a que en el MDEH se cuestiona el argumento de que “las necesidades humanas tienden a ser infinitas; que están constantemente cambiando; que varían de una cultura a otra, y que son diferentes en cada período histórico” (Max-Neef *et al.*, 1986, p. 40). Para estos autores, dicho planteamiento es incorrecto ya que se comete el error de no diferenciar las necesidades de los satisfactores de esas necesidades. En este sentido, el MDEH postula lo siguiente:

1. Las necesidades humanas fundamentales son finitas, pocas y clasificables.
2. Las necesidades humanas fundamentales son las mismas en todas las culturas y en todos los períodos históricos. Lo que cambia, a través del tiempo y de las culturas, es la manera o los medios utilizados para la satisfacción de las necesidades. Es decir, lo que está culturalmente determinado no son las necesidades humanas fundamentales, sino los satisfactores de esas necesidades (Max-Neef *et al.*, 1986).

Cabe destacar que, a diferencia de la economía, en donde, como señala Max-Neef, no se utiliza el concepto de necesidad, en el ámbito de la mercadotecnia existen conceptos que son muy parecidos a lo planteado por el MDEH. Por ejemplo, Philip Kotler (1989) definió a la necesidad como “el estado de privación que siente una persona” (p. 42), mientras que un deseo “es la forma que adoptan las necesidades, de acuerdo con la cultura y la personalidad de los individuos” (p. 42). Como se puede observar, la relación entre el concepto de deseo y el de satisfactor es más que evidente.

De igual forma, es importante mencionar que para el MDEH los satisfactores no son los bienes y/o servicios que consumimos. Esto significa que “mientras que un satisfactor es en *sentido último* el modo por el cual se expresa una necesidad, los bienes son en *sentido*

estricto el medio por el cual el sujeto potencia los satisfactores para vivir sus necesidades” (Max-Neef *et al.*, 1986, p. 22).

Por lo tanto, para elaborar este modelo de desarrollo es necesario entender y analizar cuidadosamente la compleja relación entre necesidades, satisfactores y bienes. Solo de esta manera se podrán construir las estructuras económicas en donde “los bienes potencien satisfactores para vivir las necesidades de manera coherente, sana y plena” (Max-Neef *et al.*, 1998, p. 51). Derivado de lo anterior, el MDEH plantea nueve necesidades humanas fundamentales, mismas que se presentan en la tabla 1.

Tabla 1. Matriz de necesidades y satisfactores

Necesidades según categorías existenciales/axiológicas	Ser	Tener	Hacer	Estar
Subsistencia	Salud física y mental, equilibrio, solidaridad, humor, adaptabilidad	Alimentación, abrigo, trabajo	Alimentar, procrear, descansar, trabajar	Entorno vital, entorno social
Protección	Cuidado, adaptabilidad, autonomía, equilibrio, solidaridad	Sistemas de seguros, ahorro, seguridad social, sistemas de salud, legislaciones, derechos, familia, trabajo	Cooperar, prevenir, planificar, cuidar, curar, defender	Contorno vital, contorno social, morada
Afecto	Autoestima, solidaridad,	Amistades, parejas, familia,	Hacer el amor, acariciar,	Privacidad, intimidad, hogar,

	respeto, tolerancia, generosidad, receptividad, pasión, voluntad, sensualidad, humor	animales domésticos, plantas, jardines	expresar emociones, compartir, cuidar, cultivar, apreciar	espacios de encuentro
Entendimiento	Conciencia crítica, receptividad, curiosidad, asombro, disciplina, intuición, racionalidad	Literatura, maestros, método, políticas educacionales, políticas de comunicación	Investigar, estudiar, experimentar, analizar, meditar, interpretar	Ámbitos de interacción formativa: escuelas, universidades, academias, agrupaciones, comunidades, familia
Participación	Adaptabilidad, receptividad, solidaridad, disposición, convicción, entrega, respeto, pasión, humor	Derechos, obligaciones, atribuciones, trabajo	Afiliarse, cooperar, proponer, compartir, discrepar, acatar, dialogar, acordar, opinar	Ámbitos de interacción participativa: cooperativas, asociaciones, iglesias, comunidades, vecindarios, familia
Ocio	Curiosidad, receptividad, imaginación, despreocupación, humor,	Juegos, espectáculos, fiestas, calma	Divagar, abstraerse, soñar, añorar, fantasear, evocar,	Privacidad, intimidad, espacios de encuentro, tiempo libre,

	tranquilidad, sensualidad		relajarse, divertirse, jugar	ambientes, paisajes
Creación	Pasión, voluntad, intuición, imaginación, audacia, racionalidad, autonomía, inventiva, curiosidad	Habilidades, destrezas, método, trabajo	Trabajar, inventar, construir, idear, componer, diseñar, interpretar	Ámbitos de producción, talleres, ateneos, agrupaciones, audiencia, espacios de expresión, libertad temporal
Identidad	Pertenencia, coherencia, diferencia, autoestima, asertividad	Símbolos, lenguaje, hábitos, costumbres, grupos de referencia, sexualidad, valores, normas, roles, memoria histórica, trabajo	Integrarse, confundirse, definirse, conocerse, reconocerse, actualizarse, crecer	Socio-ritmos, entornos de la cotidianeidad, ámbitos de pertenencia, etapas madurativas
Libertad	Autonomía, autoestima, voluntad, pasión, asertividad, apertura, determinación, audacia, rebeldía, tolerancia	Igualdad de derechos	Discrepar, optar, diferenciarse, arriesgar, conocerse, asumirse, desobedecer, meditar	Plasticidad espacio-temporal

Nota: La columna del Ser registra *atributos*, personales o colectivos, que se expresan como sustantivos. La columna del Tener registra *instituciones, normas, mecanismos, herramientas* (no en sentido material), *leyes, etc.*, que pueden ser expresados en una o más palabras. La columna del Hacer registra *acciones*, personales o colectivas, que pueden ser expresadas como verbos. La columna del Estar registra *espacios y ambientes*.

Fuente: Max-Neef *et al.* (1998, pp. 58-59)

A juicio personal, la propuesta más interesante del MDEH no radica tanto en la creación de una nueva taxonomía de necesidades humanas —para esto se considera todavía más práctica la teoría de necesidades de Maslow (Sahui Maldonado, 2009)—, sino en la clasificación de satisfactores que se proponen (ver tabla 2).

Tabla 2. Clasificación de satisfactores según el MDEH

Tipo de satisfactor	Ejemplos de cómo el satisfactor influye en las necesidades
Destructores: Al ser aplicados con la intención de satisfacer una determinada necesidad, no solo aniquilan la posibilidad de su satisfacción en un plazo mediano, sino que imposibilitan, por sus efectos colaterales, la satisfacción de otras necesidades. Su atributo especial es que siempre son impuestos.	Armamentismo, exilio, censura, autoritarismo (todos estos supuestos satisfactores pretenden satisfacer la necesidad de Protección, sin embargo, su aplicación imposibilita satisfacer otro tipo de necesidades, como por ejemplo Afecto, Participación, Libertad, Identidad, Creación).
Pseudosatisfactores: Son elementos que estimulan una falsa sensación de satisfacción de una necesidad determinada. Su atributo especial es que generalmente son inducidos a través de propaganda, publicidad u otros medios de persuasión.	Nacionalismo chauvinista (Identidad). Estereotipos (Entendimiento). Símbolos de status (Identidad). Modas (Identidad).
Inhibidores: Son aquellos que por el modo en que satisfacen (generalmente sobreesatisfacen) una necesidad	Paternalismo (satisface la necesidad de Protección, pero inhibe las necesidades de

<p>determinada, dificultan seriamente la posibilidad de satisfacer otras necesidades. Su atributo es que, salvo excepciones, se hallan ritualizados, en el sentido de que suelen emanar de hábitos arraigados.</p>	<p>Entendimiento, Participación, Libertad e Identidad). Televisión comercial (satisface la necesidad de Ocio, pero inhibe las necesidades de Entendimiento, Creación, Identidad).</p>
<p>Singulares: Son aquellos que apuntan a la satisfacción de una sola necesidad, siendo neutros respecto a la satisfacción de otras necesidades. Su principal atributo es el de ser institucionalizados, ya que tanto en la organización del Estado como en la organización civil su generación suele estar vinculada a instituciones.</p>	<p>Programas asistenciales de vivienda (Subsistencia), sistemas de seguros (Protección), tours dirigidos (Ocio), regalos (Afecto).</p>
<p>Sinérgicos: Son aquellos que por la forma en que satisfacen una necesidad determinada estimulan y contribuyen a la satisfacción simultánea de otras necesidades. Su principal atributo es el de ser contrahegemónicos en el sentido de que revierten racionalidades dominantes tales como las de competencia y coacción [que es justamente unos de los propósitos principales del MDEH].</p>	<p>Juegos didácticos (satisface la necesidad de Ocio, y además estimula las necesidades de Entendimiento y de Creación). Medicina preventiva (satisface la necesidad de Protección, y además estimula las necesidades de Entendimiento, Participación y Subsistencia). Televisión cultural (satisface la necesidad de Ocio, y además satisface la necesidad de Entendimiento).</p>

Fuente: Elaboración propia con base en Max-Neef *et al.* (1998, pp. 60-65)

Con base en estos dos instrumentos metodológicos —la matriz de necesidades y la clasificación de satisfactores, respectivamente—, el MDEH es factible de ser aplicado con el propósito de elaborar diagnósticos, planes y programas de evaluación en espacios tanto locales como regionales y nacionales. En este sentido, es importante destacar que el Centro de Alternativas de Desarrollo (CEPAUR) ha venido aplicando este modelo en países como Venezuela, Bolivia, Chile, Uruguay, Brasil, Paraguay, Colombia, Suecia, España e

Inglaterra, tanto en el ámbito académico como en organizaciones de barrio y cooperativas, así como en grupos de productores rurales.

Conclusiones

No cabe duda de que un modelo que cuestiona el panorama económico actual enfrenta grandes desafíos. Si el fin de la Guerra Fría representó para algunos la esperanza de observar un mundo libre de tensiones bipolares, sus esperanzas quedaron trucas. Las tensiones simplemente pasaron de ser horizontales —países del Este versus países del Oeste—, a ser verticales: los países del Norte (desarrollados) en contra de los países del Sur (subdesarrollados). Por otra lado, la situación es todavía más grave para países como el nuestro, ya que “las pautas de consumo que el mundo rico exporta e impone al mundo en desarrollo somete a este último a relaciones de intercambio que agudizan su dependencia, perpetúan sus desequilibrios internos y amenazan su identidad cultural” (Max-Neef *et al.*, 1998, p. 83).

Para tratar de evitar lo anterior, el MDEH propone el concepto de autodependencia. De igual forma, el modelo también propone el fortalecimiento de las microorganizaciones, puesto que considera que en estas se encuentran las características idóneas, particularmente en lo que respecta a la solidaridad propia de estos grupos, para hacer frente a los embates de la lógica del mercado.

Ahora bien, uno de los problemas que enfrentan las microorganizaciones, al menos en lo que respecta al caso mexicano, es que el Estado, lejos de tratar de entender la lógica de este tipo de organizaciones, se ha dedicado a perseguirlas o cooptarlas a favor de los intereses de los grandes capitales que operan bajo el paradigma de la economía neoliberal. El problema, según el MDEH, es que bajo esta perspectiva el trabajo humano seguirá siendo prácticamente igual a cualquier otro producto que se adquiere en el mercado debido a que tiene un precio, el cual se compra a través de un salario. En este sentido, Max-Neef *et al.* (1998) señalan que “el trabajo constituye mucho más que un factor de producción: propicia creatividad, moviliza energías sociales, preserva la identidad de la comunidad, despliega solidaridad, y utiliza la experiencia organizacional y el saber popular para satisfacer necesidades individuales y colectivas” (p. 107).

De igual forma, es importante destacar que el MDEH requiere para su correcta implementación una política que movilice a la sociedad civil, que haga viable la constitución de sujetos que, desde los pequeños y muy heterogéneos espacios, sean capaces de sostener y desarrollar los proyectos que le permitan asumir los siguientes desafíos (Max-Neef *et al.*, 1998):

- Potenciar el uso de recursos no convencionales en la construcción de proyectos colectivos de vida encaminados al logro de la autodependencia y a la satisfacción de las necesidades humanas.
- Potenciar los desarrollos locales para que su influencia trascienda las limitaciones espaciales y puedan participar en la construcción de una nueva hegemonía en el ámbito nacional (p. 115).

Como se puede observar en los párrafos anteriores, los conceptos que maneja el MDEH —autodependencia, solidaridad, mayor participación de la sociedad civil (vía microorganizaciones)— no son fáciles de alcanzar. Quizás el problema es que tendemos a mirar demasiado hacia el Norte, a buscar allí los valores que deben guiar nuestra ruta al desarrollo. No obstante, resulta ser cierta la tesis de Eduardo Galeano (1971) cuando señala lo siguiente:

Para quienes conciben la historia como una competencia, el atraso y la miseria de América Latina no son otra cosa que el resultado de su fracaso. Perdimos; otros ganaron. Pero ocurre que quienes ganaron, ganaron gracias a que nosotros perdimos” (p. 6).

Así, pues, no podemos seguir esperando que el Norte siga marcando el camino que debemos seguir.

Por consiguiente, el principal reto que enfrenta el MDEH es lograr romper esos esquemas de dependencia de los países en desarrollo. En este sentido, este modelo busca y propone que las sociedades —y por ende, los individuos— de estos países dejen de ser simples espectadores de las fuerzas económicas, tecnológicas, socioculturales y políticas que conforman el mundo actual, y se transformen en protagonistas y forjadores de su propio destino. Solo así, anteponiendo esta perspectiva humanista a la racionalidad económica, se podrá evitar que en esta carrera desenfrenada por alcanzar el desarrollo, el mercado siga

constituyéndose como un gran Leviatán y el hombre, como decía Hobbes, siga siendo un lobo para el hombre.

Referencias

- Bolvitnik, J. y Hernández, E. (1999). *Pobreza y distribución del ingreso en México*. México: Siglo XXI.
- Chase, S. (1966); *El estudio de la humanidad*. Ciudad de México, México: Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana (UTEHA).
- Ferrer, E. (1997). Del consumo y sus motivaciones. En *El consumo al final del milenio* (pp. 198-204). México: Profeco.
- Galeano, E. (1971). *Las venas abiertas de América Latina*. Recuperado de www.aahora.org/doctos/LasVenasAbiertasdeAmericaLatina.pdf
- Griffin, K. (2001). Desarrollo humano: origen, evolución e impacto. En Ibarra, P. y Unceta, K. (coords.), *Ensayos sobre desarrollo humano*. España: Ed. Icaria.
- Hill, C. (2007). *Negocios internacionales: Competencia en el mercado global*. México: McGraw-Hill.
- Incháustegui, T. (2000). Desarrollo social. En Baca, L., Bosker, J., Castañeda, F., Cisneros, I. y Pérez, G. (comps.), *Léxico de la política*. México: Flacso México, SEP-Conacyt, FCE, Heinrich Böhl.
- Kotler, P. (1989). *Mercadotecnia*. México: Prentice Hall.
- Max-Neef, M., Elizalde, A. y Hopenhayn, M. (1986). *Desarrollo a escala humana: una opción para el futuro*. Chile: CEPALUR / Fundación Dag Hammarskjöld.
- Max-Neef, M., Elizalde, A. y Hopenhayn, M. (1998). *Desarrollo a escala humana: Conceptos, aplicaciones y algunas reflexiones*. España: Icaria.
- Sahui, J. (2009). La sociedad civil: entre el consumismo y la gestión mediática. En Sahui, A. (coord.), *Gobernanza y sociedad civil: Retos democráticos*. Ciudad de México, México: Ed. Coyoacán.
- Salguero, J. (2006). Enfoques sobre algunas teorías referentes al desarrollo regional. Conferencia Estatuaria para posesionarse como Miembro de Número de la Sociedad Geográfica de Colombia. Recuperado de www.sogecol.edu.co.

Samuelson, P. y Nordhaus, W. (2006). *Economía*. México: McGraw-Hill.

Sen, A. (1997). *Bienestar, justicia y mercado*. España: Paidós Ibérica.

Sen, A. (2000). *Desarrollo y libertad*. México: Planeta.